

1975: UNA BISAGRA

Los 20 años transcurridos desde la llamada "Revolución Libertadora" hasta la última huelga obrera de carácter prolongado, pueden identificarse como una de las etapas más inestables de la historia argentina del siglo XX.

Dos gobiernos constitucionales de corta duración, como paréntesis de otras tantas dictaduras militares, se alternaron en la complicidad para la construcción de un país político donde el peronismo fuese el ausente definitivo.

Esta visión perversa desde el poder dominante en esa época determinó la existencia de dos décadas de luchas de resistencia, de grandes huelgas y movilizaciones obreras y populares, y la estructuración del poderoso movimiento obrero que protagonizó la vida política hasta nuestros días. Fue precisamente esa rara alquimia de un país estabilizado políticamente con la proscripción de su expresión mayoritaria lo que consagró por reacción una simbiosis entre esa identidad política y la clase trabajadora de la época.

Ya en noviembre de 1955, cuando Aramburu reemplazó a Lonardi al frente del Gobierno, la CGT se comprometió con una huelga general con alto nivel de acatamiento, que devino en la intervención de la central sindical por parte de la dictadura militar. Apenas al año siguiente, en junio del 56, tras el levantamiento del general Juan José Valle, se produce el fusilamiento clandestino en los basurales de José León Suárez de 26 resistentes, luego denunciado por Juan Carlos Livraga, "el fusilado que vive" de *Operación Masacre*, sobreviviente por milagro de la matanza. Por primera vez en la historia moderna se fusila a un general de la Nación por un alzamiento militar.

En 1957 se constituye la comisión Intersindical con 35 sindicatos y cinco federaciones, que organiza el Primero de Mayo un acto contra la dictadura del que participan más de 10 mil manifestantes. Reivindicaban la libertad de los presos políticos, la normalización gremial, el establecimiento de precios máximos y derogación del estado de sitio. Se convoca a una Huelga General para el 12 de julio.

En agosto la dictadura convoca a un Congreso Normalizador de la CGT, que luego simplemente desconoce ante el triunfo de la corriente peronista. Este es el nacimiento de las 62 Organizaciones de las que participa inicialmente el Partido Comunista. Es decisiva la presencia de sindicatos industriales de gran peso como metalúrgicos, textiles, de la carne, petroleros. Por su parte, los socialistas y anarquistas conforman las 32 Organizaciones que tienen su cuota importante de representación con gráficos, bancarios, ferroviarios y comercio.

La escalada de la conflictividad laboral, al decir del Ministerio de Trabajo de la Nación, marca el grado de la resistencia de la clase trabajadora. En el año 55 se perdieron 144.120 jornadas laborales, en el 56 la cifra trepa a 5.167.294, en 1957 son 3.390.509, en 1958 son 6.245.286, en 1959 toca su máximo con 10.078.138, para bajar en 1960 a 1.661.519 y en 1961 a 1.755.170. Basta cruzar estos datos con la sucesión de gobiernos inestables civiles y militares para concluir que el factor determinante de la inestabilidad de la alternancia gorila fueron los sindicatos, como expresión de la clase obrera organizada, y no los endebles partidos políticos.

La llegada de Frondizi al Gobierno significó en principio una tregua y la normalización de la CGT una esperanza, pero la sanción de la ley 14.455 de Asociaciones Profesionales permite el despunte del vandomismo como signo hegemónico del modelo sindical. El romance es efímero porque, tras acordar con el Fondo Monetario Internacional, se aplican las medidas pactadas, entre ellas la privatización del Frigorífico Lisandro de la Torre, que fue resistida por sus 9.000 trabajadores con el apoyo de muchos sindicatos. Pese a la represión se mantuvo la lucha durante tres intensos meses, y ese hecho marcó la ruptura del movimiento sindical con el gobierno. Esta ruptura se agravó con la recesión económica del año 1959, y la aplicación del Plan Conintes llenó las cárceles de resistentes. Ese año marcó también el récord de huelgas de toda la década del 50.

El fracaso del desarrollismo se debió al fuego cruzado de la presión militar, que encarnaba los intereses de la oligarquía más concentrada, con la resistencia de la clase trabajadora. No obstante, por estos años en el movimiento sindical se comienzan a delinear dos corrientes de prolongada continuidad en el tiempo, la burocracia acuerdista y el sindicalismo combativo.

Los diez años recorridos por la Resistencia Peronista, la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, la huelga ferroviaria, los Programas de Huerta Grande y La Falda, el Manifiesto del 1º de Mayo de la CGT de los Argentinos, la resistencia de la FOTIA al cierre de los ingenios

azucareros, el Cordobazo, el Rosariazo, fueron jalonando como históricas letanías el reclamo obrero y popular.

El "Estado de Bienestar a la criolla" que representó el gobierno de Juan Domingo Perón desde 1945 a 1955, consagrado en la reforma constitucional de 1949, actuaba como marco de referencia en el discurso sindical y en todos los programas reivindicativos del movimiento obrero argentino.

La política represiva y proscriptiva no hacía más que cristalizar aquellas referencias en la conciencia colectiva transformando el "*Viva Perón, carajo*", o cualquier exabrupto análogo, en un grito de guerra. La izquierda tradicional, ajena a aquel fenómeno de masas, muchas veces enfrentada a él, intentó durante la Resistencia procesos de acercamiento, penetración (entrismo) y disputa por la conducción del movimiento obrero. Esta contradicción se refleja también en el movimiento peronista. A cada etapa de resistencia y lucha se corresponde otra de colaboración y complicidad. En la segunda mitad de la década del cincuenta fue la CGT N°1 y la CGT N° 2, o CGT reconocida y CGT de la resistencia. En los años 60 fue la CGT de Azopardo y la de Paseo Colón o el vandorismo colaboracionista y la CGT de los Argentinos encabezada por Raymundo Ongaro, Héctor Quagliaro en Rosario y Agustín Tosco con Atilio López en Córdoba.

No hay dudas de que esta experiencia, la de la CGT de los Argentinos, expresó los niveles más elevados de lucha y resistencia organizada. La dictadura de Onganía, el intento más serio y profundo de diseñar un modelo de país definitivo a la medida de las clases dominantes en la Argentina, fue el primer intento post-55 de imponerse, fue el preludeo de la dictadura genocida del 76. Aquí aparecen todos los actores que participarán activamente una década más adelante. El rol destacado de la Iglesia Católica como garante del modelo es la continuidad del "Cristo Vence" pintado en las alas de los aviones que bombardeaban la Plaza de Mayo diez años antes. Por eso el genocidio se realiza bajo el signo de la cruz.

El economista de FLACSO Eduardo Basualdo, en su *Historia económica argentina desde 1945*, afirma que el proceso de industrialización por sustitución de importaciones iniciado por Perón, va a ser abortado por la llamada Revolución Libertadora, y relanzado por el gobierno de Frondizi en 1958. Se sostuvo hasta el golpe de 1976, durante años en que daba claras señales de autosustentarse, para ser pasado por las armas junto a dirigentes y militantes de todo el espectro popular. La última dictadura no vino a sepultar un modelo agotado sino a abortar un proceso industrial en crecimiento. Según

Basualdo, la oligarquía paulista devino industrial cuando la producción cafetera perdía rentabilidad. Sus iguales en la Argentina no soportaron ese proceso industrial y el desarrollo se fue trasladando a Brasil por imperio de su claudicación. Resulta llamativo ver cómo, en ese período que va de 1955 a 1973, el Producto Bruto industrial supera al Producto Bruto general interno del país y mucho más al Producto Bruto agrícola-ganadero. Está claro que las fuerzas económicas y sociales que pujaban por el desarrollo industrial resistían a las dictaduras de turno y volvían una y otra vez a aparecer en escena. Lo que sí fue cambiando en este período es la hegemonía económica y sus sectores dominantes.

Claramente el capital extranjero y la oligarquía diversificada se van imponiendo por sobre la burguesía nacional. Basta con repasar los sucesivos planes de ajuste desde Prebisch hasta Krieger Vasena para entender cómo la intervención sobre la economía desde el poder político es la constante en esta transformación regresiva. Desde el "hay que pasar el invierno" de Álvaro Alsogaray hasta el secuestro extorsivo de empresarios para apropiarse de contratos o de empresas durante el reinado económico de Martínez de Hoz hay una línea histórica que se va profundizando hasta el límite de lo indecible.

Para ello también pergeñaron un modelo sindical que los acompañara en el proyecto. El "colaboracionismo" y el "participacionismo", tan profusamente denunciado por la pluma genial de Rodolfo Walsh en los periódicos de la CGT de los Argentinos, fueron mucho más que jugadas tácticas para sortear una coyuntura. Onganía cambia radicalmente el modelo sindical concediendo el sustrato económico para el poder autoritario de la burocracia sindical, todo financiado a través de la ley de Obras Sociales.

Se instaure en el país el poder sindical ya no sólo como un sistema de representación de los trabajadores en la negociación colectiva o en la defensa de los intereses profesionales de los afiliados, sino como un bloque político que sigue actuando hasta el presente como una suerte de corporación que fue evolucionando desde aquella burocracia cómplice hasta el actual sindicalismo empresario.

Los resistentes y los colaboracionistas se expresaban como peronistas, unos y otros reivindicaban al gobierno de Perón como el momento de mayor bienestar para la clase trabajadora, y sin embargo los separaban contradicciones antagónicas que más de una vez hubieron de resolverse violentamente.

Perón era la síntesis anhelada. Su retorno tras 18 años de exilio fue el último intento de estabilizar el país y ordenar el movimiento.

Los diez meses de gobierno hasta su muerte no le alcanzaron para encausar el conflicto y las contradicciones se dispararon hacia un vacío de poder que una vez más fue ocupado por una dictadura militar. Esta vez la más sangrienta y asesina.

* * *

La huelga de los obreros metalúrgicos de Villa Constitución debe ser ubicada en estas coordenadas. La reacción enérgica de los trabajadores, ubicados entre los mejor pagos del país, era contra una burocracia sindical intervencionista y rapaz. El auge de las luchas reivindicativas del gobierno popular había alentado la expectativa de revertir un orden de cosas extremadamente odioso y excluyente. Alcanzó con el hecho de que una Comisión Interna opositora a la conducción fuese elegida en Acindar para que la burocracia de la UOM, acompañada por todo el aparato del gobierno de Isabel Perón, desatara una furia sin precedentes en la pequeña ciudad del sur santafesino.

Esta contradicción en el movimiento obrero, metamorfosis mediante, pervive en el presente. En los 90 fue el sindicalismo empresario jugando como socio necesario de las políticas neoliberales del menemismo y la Alianza. El carácter transversal de la representación partidaria de las políticas de ajuste, que pasaba por el peronismo, el radicalismo y la Alianza desnuda el carácter de clase de los intereses en juego y demuestra una vez más que la búsqueda de la unidad de la clase trabajadora debe ser una construcción histórica plural en la que los intereses de los asalariados actúen en línea con la acción política concreta. Ni el peronismo acrítico y ortodoxo ni el gorilismo atávico explican el carácter de esta contradicción.

Comprender esta etapa nos ayudaría notablemente a comprender el presente. Las contradicciones no resueltas en la historia siguen latiendo y en su momento vuelven a aflorar. Este paralelismo entre dos sindicalismos conviviendo bajo la misma sigla se sigue manifestando 50 años después de la caída del peronismo. Unos y otros se disputan la identidad. Los que lucharon por un modelo distinto, representativo y democrático que exprese "el sentir de las bases" aún no superaron la existencia esporádica. Protagonizó etapas, sobre todo aquellas en las que se impuso la resistencia como forma de existir, pero su continuidad histórica siempre estuvo fracturada por la hegemonía política del peronismo.

Ciertamente, esto también es un reflejo superestructural de un país que en su base material sufrió todos los avatares de un proceso de industrialización basado en la sustitución de importaciones, violentamente boicoteado por una oligarquía terrateniente que basó su riqueza en la parasitaria renta diferencial de la propiedad de la tierra. El sindicalismo, desde la segunda mitad del siglo XX hasta el presente, es simplemente un protagonista no deseado en la vida política.

El grado de violencia adquirido en la disputa por una remota seccional local de la Unión Obrera Metalúrgica confrontando con la conducción nacional, habla claramente del carácter antagónico en que se debatían las contradicciones en esa etapa de la historia. Pocas veces se vio una huelga que se sostuviera durante tanto tiempo sin que hubiera en la base de sus reclamos ningún punto reivindicativo que tuviese que ver con el salario o las condiciones de trabajo. El carácter político del pliego de la huelga se expresaba en el pedido de libertad a los dirigentes presos y la devolución del sindicato. No deben caber dudas de que la presión de los obreros metalúrgicos de Villa Constitución apuntaba al corazón mismo del poder, encarnado en aquel momento en la figura del ministro de Bienestar Social, José López Rega, sostenido por una entente siniestra de participantes variopintos.

Aquel año, 1975, marcó en esta historia el final de una etapa. Una época signada por la puja de un país con altos índices de desarrollo industrial, científico y tecnológico, en el que la profusa existencia de una clase media que pendulaba desde las ofertas de buen nivel de consumo hasta el fácil acceso a la educación y conocimiento a través de una universidad pública de vanguardia a nivel latinoamericano. La educación terciaria, que empujaba a la movilidad social pese a los constantes ataques de las dictaduras sucesivas, generaba estudiantes y profesores en instituciones conectadas al debate político mundial sobre el futuro de la humanidad; esas ideologías permeaban la sociedad, y decantaba un movimiento obrero con una altísima capacidad de resistencia como clase, que cultivaba también su propio debate.

Ese año, lo más granado de la reacción como expresión de las clases dominantes construyó la decisión de revertir la historia y lo explicitó. Una nueva generación del 80 para garantizar un país por cien años. Una oligarquía que no quería aliados buscaba una vez más apropiarse del mundo existente. Pergeñaron una especie de Conquista del Desierto a escala urbana, incluyendo la guerra de exterminio y aniquilamiento, y dieron las bases del proceso incubado en ese año y sistemáticamente aplicado a partir del 24 de marzo de 1976.

Este es el contexto histórico de aquella huelga que, indudablemente, estaba condenada a la derrota antes de empezar, pero que jaló tal vez como último eslabón, la larga cadena de luchas obreras que identifican al proletariado argentino.

Aquella gesta parecía un conflicto de fácil resolución. Diez años después, ese debate en un Consejo Directivo de la UOM no hubiese pasado las paredes de la sala de reuniones. La experiencia del genocidio legalizó en el núcleo más cerrado del unicato la diferencia ideológica, el discurso político de otro signo y finalmente los protestantes pudieron opinar dentro del Vaticano.

Sin embargo desde el peronismo gobernante en 1975, desde la cúpula sindical, sólo atinaron a sofocar aquella rebelión a sangre y fuego. Más de 30 compañeros asesinados entre ese año y 1976: la mitad por la Triple A, y el resto por la dictadura militar. La única diferencia para sus deudos fue el derecho a sepultar los despojos mortales en la etapa democrática. Más de trescientos trabajadores entre el 20 de marzo del 75 y el 24 de marzo del 76 conocieron las cárceles con distintos períodos de duración. Algunos estuvieron presos semanas, otros meses, y otros durante años. Otros padecieron el exilio aún después de ser liberados. Más de mil metalúrgicos perdieron el empleo al finalizar la huelga y decenas de ellos debieron abandonar la ciudad amenazados por los comandos de la Triple A. Estos datos explican definitivamente por qué, como se ha dicho, José Alfredo Martínez de Hoz abandonó el 24 de marzo de 1976 la presidencia del Directorio de Acindar S.A. y asumió el Ministerio de Economía de la dictadura encabezada por Jorge Rafael Videla. También explica porque Martínez de Hoz fue sucedido al frente de Acindar por el general Alcides López Aufranc, uno de los primeros militares argentinos entrenados en las escuelas de la tortura del ejército francés.

Estos datos, así de elocuentes, pintan los marcos del cuadro de situación histórica de la última gran huelga obrera de la Argentina.

Villa Constitución, una vez más, como había sucedido con aquel febrero de 28 días y 29 muertos en la década del 30, durante aquella huelga portuaria de los anarquistas, daría cuenta de su propia historia y quedaría señalando que cuando se ataca brutalmente a los trabajadores las respuestas casi siempre resultan ingobernables.

Aquella era una seccional devaluada en el organigrama de la UOM vandorista que tenía su trípode de poder compartido entre las seccionales Capital, Rosario y Avellaneda. Un sistema recaudatorio centralizado había desarrollado sus servicios sociales en Rosario y San Nicolás, dejando a Villa Constitución postergada, a

pesar de la importancia que tenía por la cantidad de sus afiliados y por las empresas radicadas. Villa venía desde fines de la década del sesenta pujando para tener espacio en la organización nacional. La dirigencia local había intentado en tiempos del *Lobo* Vandor constituir un sindicato local autónomo, pero fue rápidamente derrotada por el propio *Lobo*, quien se regodeó con su derrota cuando los aplastó políticamente en un Congreso de Delegados. Villa Constitución —esto no era sólo la percepción de sus trabajadores y activistas—, tenía más años de intervenciones que de autoridades electas por los trabajadores en su historia como seccional metalúrgica de la UOM.

En 1970, en una de las periódicas huelgas frustradas que generalmente se acordaban con la empresa Acindar para descabezar alguna Comisión Interna y de paso dejar afuera de la fábrica a los activistas detectados, a los obreros faltadores y a los enfermos, la Comisión Interna decide continuar con un paro que la intervención ya había negociado con la empresa. Tras varios días de resistencia fueron citados a negociar en la Jefatura de Policía, donde se los intimó a levantar las medidas de fuerza y aceptar la indemnización ofrecida por Acindar, que superaba en varias veces lo que estipulaba la ley.

En esa Comisión Interna participaba el *Gringo* Alberto Sagristani, un militante de Vanguardia Comunista que quedó en esa ocasión en minoría absoluta y no tuvo más salida que cobrar la indemnización.

El fue uno de los animadores en el armado del GODA, (Grupo Obrero del Acero), que actuó como célula clandestina dentro de Acindar y fue recuperando los puestos de delegados hasta controlar la Comisión Interna de esa fábrica. Esa nueva generación de activistas, entre los que podemos recordar a Alberto Piccinini, Felix Delbó, el *Toro* Acuña, Osvaldo Foressi, los hermanos Delmasse, Angel Porcu, fue creciendo en representación hasta lograr la mayoría en el Cuerpo de Delegados y ganar en aquella histórica Junta de Delegados de Acindar la Comisión Interna, que entonces se elegía por el voto a mano alzada de los delegados presentes.

Los tres años transcurridos entre la derrota de aquella huelga del 70 y la recuperación de la Comisión Interna hablan de un período de un intenso "trabajo de bases", en el que fue creciendo la presencia política de las organizaciones de izquierda y del peronismo revolucionario de aquella época. La experiencia del sindicalismo clasista se expandía entre las nuevas generaciones obreras y el Cordobazo, el Rosariazo y las otras puebladas llegaban a los puestos de trabajo de

las grandes fábricas. El error histórico de la dirigencia de la UOM fue haber subestimado aquel fenómeno y responder al surgimiento del mismo con una estrategia defensiva y autoritaria.

Desde aquel llamado desde la Seccional local al Secretariado Nacional contando que "*acaban de elegir siete bolches en la Interna de Acindar*" hasta la madrugada del 20 de marzo del 75 se verificó una concatenación de decisiones que condujo a la burocracia de la UOM a un callejón sin salida.

Marzo de 1974 marca el punto de inflexión de aquella sucesión de decisiones. La vuelta de Perón, la recuperación de la democracia y el vencimiento estatutario de los mandatos llevan a convocar para ese momento las elecciones en todas las seccionales de la UOM. En la convocatoria a elecciones queda excluida Villa Constitución, por no reunir las condiciones para su normalización. Léase: la presencia de una Comisión Interna combativa y opositora en Acindar era motivo suficiente para excluirla de la convocatoria. La maniobra comenzó en el mes de enero al no convocar al Congreso de Delegados para elegir la Junta Electoral, que paralizó el calendario que debía culminar a comienzos de marzo con la elección en la seccional.

El secretariado nacional, ante el fracaso de la gestión interventora, cambia al desbordado interventor Trejo por la dupla Oddone-Fernández, quienes llegan en una franca política de confrontación con la oposición, que ya se había proyectado desde la Interna de Acindar hacia las otras grandes fábricas de Villa: Metcon y Marathon.

Los hechos se precipitan y desembocan en la ocupación de la planta por parte de los trabajadores. Una visita de la intervención a la empresa, desconociendo a la Comisión Interna, devino en un fuerte enfrentamiento verbal que culmina en la expulsión de la organización de doce delegados, entre ellos toda la Comisión Interna y los referentes más reconocidos de la agrupación. La Comisión Interna mantiene una reunión con el gerente de personal Pedro Aznárez, *El Caballo*, donde le solicitan que la fábrica no intervenga en una cuestión interna entre la conducción del sindicato y la representación del personal de esa planta. Aznárez deja claramente establecido en el encuentro que quienes fueran expulsados del gremio serían despedidos por la fábrica.

La asamblea que sobrevino a aquel episodio condensó la bronca acumulada durante muchos años de atropello patronal y complicidad sindical. La presencia de los dos turnos (el de mañana y el de la tarde) en la entrada de la fábrica resolvió a poco de debatir que había

que ocupar la planta evitando que las gerencias se ausentaran para evitar la represión policial.

La ejecución del mandato es inmediata y por poco logra escapar el propio Arturo Acevedo, principal propietario de la fábrica, quedando el resto de los gerentes "retenidos" por los trabajadores. Aquella fue una característica toma de fábrica con rehenes. Las exigencias eran concretas: normalización inmediata de la seccional y llamado a elecciones libres.

Entre el 11 y el 16 de marzo sobrevino una actividad febril, un desgastante juego de negociaciones y amenazas de represión. Rendidas por la realidad de la firme posición obrera, las partes se avienen a la firma de un *Acta Acuerdo* que consistía básicamente en elecciones en 180 días y elección de una Comisión Normalizadora con dos delegados designados por asamblea en cada una de las plantas.

La asamblea aprueba por aclamación lo obtenido en la negociación y se lanza una movilización desde la fábrica hasta la plaza central de la ciudad. Los obreros y vecinos de los barrios aledaños a la ruta acompañan a los obreros en esa marcha inolvidable que culmina en una asamblea-acto con la presencia de más de diez mil personas, y pasará a la historia como "*El Villazo*".

Al mes del *Villazo*, exactamente el 16 de abril de 1974, se lleva a cabo un plenario antiburocrático en el club Riberas del Paraná de Villa Constitución, que logra congregarse lo más representativo del sindicalismo combativo. Se destacaron las presencias de Agustín Tosco, René Salamanca, Alfredo Ferrarese, Jorge Di Pascuale y muchos otros menos conocidos públicamente pero verdaderos protagonistas de la resistencia a la dictadura de Onganía-Levingston y Lanusse. El eje del debate de aquel plenario pasa por reafirmar la identidad de ese espacio sindical y marchar a una mayor coordinación de las luchas por la democracia sindical expresada como antiburocratismo y sobre la oportunidad o no de largar en ese momento la formación de Coordinadoras antiburocráticas.

El plenario fue un eslabón más de esa búsqueda. La ofensiva política que se desataría tras la muerte de Perón apenas dos meses después obligó a unir esfuerzos y aquellas Coordinadoras recién protagonizaron la lucha callejera un año más tarde.

Los meses siguientes hasta las elecciones sindicales de noviembre del 74 estuvieron signados por hechos que cambiaron la historia. El 1º de julio de ese año muere Juan Domingo Perón. El viejo conductor, que había hecho su última aparición con un discurso de despedida atacando al agio y la especulación, y reivindicando "*la música*

maravillosa que a sus oídos era la voz del pueblo argentino", dejaba tras de sí un vacío inmenso de poder y la conducción del Estado en manos de su viuda Isabel Perón y del nefasto *Brujo* José López Rega, ministro de Bienestar Social, quien ya articulaba y conducía las bandas parapoliciales con protección estatal que asolarían la patria hasta cuando fueron definitivamente institucionalizadas por el terrorismo de Estado en la madrugada del 24 de marzo de 1976.

Una de las primeras víctimas de ese terrorismo paraestatal sería el abogado y diputado nacional Rodolfo Ortega Peña, apoderado en ese momento de la Lista Marrón de los metalúrgicos villenses. Asesinado al descender de un taxi en la Capital Federal, el crimen marcó un estilo de ejecución de las víctimas que se generalizó en pocas semanas en todo el país. Ese mismo día una poderosa bomba demolió el local de la FORA en Villa Constitución, donde tenía su sede la Lista Marrón de los metalúrgicos.

En noviembre de ese año se llevaron a cabo las elecciones en la seccional local y la Marrón ganó ampliamente en las urnas con alrededor del 65% de los votos. El triunfo sirvió para fortalecer aquella joven vanguardia y la nueva Comisión Directiva encabezada por Piccinini y Manzano comenzó a canalizar muchas de las reivindicaciones prometidas en el programa de la campaña.

La presión del Secretariado Nacional de la UOM continuaba intensa, la participación en los Consejos Directivos nacionales se transformó: además de ser un odioso contacto de cercanía, era la oportunidad para expresar todas las formas posibles del desprecio y rechazo a la nueva conducción. Todo hacía ver a amigos y enemigos que la suerte estaba echada y que más temprano que tarde se desencadenaría la revancha. La existencia misma de esa conducción opositora era una afrenta para el núcleo duro más consolidado del aparato sindical peronista de la época.

En Villa seguía creciendo el activismo y la necesidad de defender el espacio conquistado era un discurso cotidiano. La nueva comisión directiva y Alberto Piccinini en particular recibían visitas cotidianas de dirigentes y militantes de todo el arco de izquierda revolucionaria y de toda la oposición al peronismo gobernante ofreciendo solidaridad y apoyo a aquella experiencia obrera reivindicada como un modelo de democracia sindical.

EL DETONANTE

El vanguardismo era para los jóvenes combativos o revolucionarios el paradigma del sindicalismo que había que enfrentar. Su pasado reciente expresado en el "colaboracionismo" estaba en las antípodas de la resistencia construida desde los sectores juveniles, el movimiento obrero clasista y combativo y las organizaciones armadas que habían florecido al calor de esta lucha.

Los 7 años que separaron el golpe del 66 con el triunfo de Cámpora el 11 de marzo del 73 se inscribían como la etapa de "la dictadura" sin que fuera posible imaginar que otros 7 años cualitativamente más crueles y sanguinarios marcarían entre el 76 y el 83 la dictadura más sangrienta y criminal de la que tenga memoria nuestra historia como país.

Para esta generación parada en su propia experiencia de resistencia la verdad pasaba por su propia historia. El sindicalismo oficial estaba profundamente cuestionado y pese al esfuerzo por "normalizar la CGT" de parte del propio Perón las contradicciones seguían desarrollándose y la expectativa del cambio estaban a la orden del día .

El fenómeno que implicaba el retorno de Perón después de 18 años de exilio alentaba a todos en la lucha por mantener lo conquistado, y con la llegada de la democracia la mayoría de los sindicatos había iniciado un proceso de "normalización" con elecciones internas.

Como se ha contado muchas veces, fue precisamente en ese trámite que estalló el conflicto en Villa Constitución. En ocasión de llamar a elecciones en marzo del 74, el secretariado nacional excluye a Villa Constitución de esa convocatoria por "no reunir las condiciones para el acto electoral". Las condiciones no reunidas no eran otra cosa que la presencia de una Comisión Interna antiburocrática en la fábrica Acindar. En efecto, la presencia de una agrupación clandestina llamada GODA (Grupo Obrero del Acero) había logrado concitar voluntades reconstruyendo el Cuerpo de Delegados y en la Junta de Delegados para elegir la Comisión Interna lograron imponer una lista antiburocrática.

Esta chispa desató el incendio y sobrevinieron las tomas de las fábricas con los gerentes como rehenes, las febriles negociaciones en el Ministerio de Trabajo, hasta convenir normalizar la seccional en el plazo de 180 días. La gran movilización a la plaza coronando el triunfo de esa lucha se consagró en la historia como el "Villazo".

Los escasos 4 meses que duró la nueva conducción encabezada por Alberto Piccinini *El Pichi* mostraron la imposibilidad de cohabitar en la misma estructura con la dirigencia nacional. Era ostensible el desprecio y la discriminación con que los compañeros eran tratados en las reuniones de Consejo Directivo. Las provocaciones permanentes, la negativa a compartir la mesa en el comedor al momento del almuerzo, todo hacía presagiar que aquella situación se resolvería rápidamente en forma compulsiva. No había ninguna señal de encontrar formas de convivencia dentro de la organización. Cada vez que debían viajar a Capital Federal, a la sede central de Cangallo al 1400, equivalía a entrar en un cuartel enemigo.

En esos meses de transición entre las tomas de las fábricas y las elecciones se produce mi ingreso en Villber, la fábrica estaba convulsionada, y la patronal se sentía muy presionada por el sindicato porque la obligaban a pagar las quincenas en término. Villber tenía una tradición de atraso en el pago de los sueldos porque trabajaba y se financiaba con el dinero de los propios trabajadores que además cobraban el convenio "pelado". Esto es, no tenían los adicionales que tenían las fábricas grandes como Acindar, Metcon y Marathon: eran un plus por calorías y tareas peligrosas, régimen de turnos, adicional de empresa. En el caso de Metcon, por ejemplo, había una escala específica propia de su casa matriz Ford, que elevaba los ingresos hasta duplicar los de Villber y los otros talleres de la seccional. Esta situación de malestar interno, sumado a la presencia de muchos militantes que habían logrado ingresar a las líneas de producción, creaban un clima de efervescencia muy notorio e importante.

Una tarde que me tocaba trabajar en mi horario de 14 a 22, habían despedido a un compañero que vivía en Rosario por reiteradas llegadas tarde. El Zorro Rodríguez estaba en el portón de entrada de la Ruta 9: llegó el auto del sindicato y se baja el Negro Segovia, un entrerriano de cerca de 1 metro 90, que caminaba con trancos exageradamente largos (sus piernas en realidad eran muy largas a tal punto que en la cárcel lo bautizaron *Cagatechos*), entró a la Gerencia y en diez minutos logró la reincorporación. Todavía recuerdo sus gritos, que se escuchaban al fondo del galpón y que evidentemente fueron convincentes para resolver el conflicto.

El Negro tenía una larga experiencia como activista sindical. Había trabajado en SOMISA y en una huelga llevada adelante por la UOM de San Nicolás encabezada por el entonces interventor de esa seccional, José Ignacio Rucci, había participado activamente ganándose el despido. En el verano del 70, trabajando en la construcción de la represa del Chocón, había sido parte de la histórica huelga de los obreros de la construcción de Neuquén. Ya ahí descolló por su combatividad y gran capacidad de agitación. Radicado nuevamente en San Nicolás, anduvo "changuendo" de albañil, y haciendo unas refacciones en la casa de un comisario de la Federal, logró ganarse su confianza. A fuerza de coraje y astucia pidió una recomendación para entrar a trabajar en Marathon, e ingresó como operario, sin hacer el *preocupacional*, por supuesto, en esa fundición de aceros finos y especiales. Justo es destacar que Segovia se caracterizaba por su gran fortaleza física y su enorme capacidad de trabajo: el Negro, al decir de la época, nunca le hizo asco al yugo.

Mi amistad con él nació durante y al calor del conflicto. El Negro era un agitador nato que sobreactuaba su rol de paisano entrerriano y sabía emocionar a la gente. La noche del 22 de abril, cuando cerró el acto que organizamos en la puerta de la Casa Radical ante unas 3.000 personas, en una breve intervención llamando a resistir y sostener la huelga hasta la liberación del último compañero se despidió de la tribuna: *"Y me voy compañeros, porque estoy temblando, y no porque tenga miedo, sino porque estos cayos que me saqué braceando palanquillas se me están volviendo garras"*. Esa capacidad de emocionar, de hacer llorar y de hacer reír con sus salidas irónicas, hacían de él una persona extraordinariamente querible. Era llano y simple en sus planteos:

"Mirá hermanito –me dijo en nuestra primera charla–, aquí hay que construir un gran partido, un gran ejército y un gran frente".

Típica estrategia del PRT. Él y Zenón eran dos compañeros con características bien de base, provincianos ambos, Zenón había nacido en el Chaco en pleno monte, conectaban con mi natural desconfianza campesina y me generaban confianza humana, más allá de lo político. Creo que no me hubiese incorporado al PRT sin haberme cruzado con ellos. Debo aclarar que mi experiencia partidaria se redujo a los años de cárcel, dado que cuando recuperé la libertad ya no quedaba prácticamente nada de la organización.

Cuando lo liberaron al final de la dictadura, El Negro, entró en una empresa que instalaba las torres de radio enlace en la zona de la

cordillera, donde estaba como encargado y ganaba buena plata, con un gran sacrificio trabajando en esas zonas desfavorables. Pero él estaba ganado para la lucha obrera, después de la recuperación del sindicato volvió a trabajar como sereno con un cargo de colaborador.

Su historia era la suma de las pequeñas historias que solía narrar con tonada entrerriana. Desde su participación como activista en la huelga de SOMISA en 1967, apoyando a José Rucci, su posterior despido le valió su alejamiento del peronismo y una bronca personal con la dirigencia de la UOM de San Nicolás. Hasta su paso por la Huelga del Chocón en 1970 donde tuvo una participación protagónica y en las tomas de fábrica de Villa Constitución en 1974 y hasta su integración como secretario de Organización de la lista Marrón ganadora. El *Negro* era un relato plagado de anécdotas que repetía en sus años de preso.

La muerte lo sorprendió el 23 de enero de 1989 cuando el Movimiento Todos por la Patria, comandado por Enrique Gorriarán Merlo decidió el asalto al cuartel de la Tablada. Su cuerpo acribillado, según la descripción de un diario, lo único sano que mostraba era el estuche de los anteojos abrochado a su cinto, cincuenta y pico de años, entrecano y de alrededor de un metro noventa. No tuve dudas de que era él.

El resto de la Comisión Directiva eran obreros comunes y corrientes, carentes de experiencia política, cansados de las permanentes intervenciones a la seccional por parte de la conducción nacional. Las primeras armas políticas fueron tras las huellas del *Gringo* Sagristani. Los primeros contactos fueron el propio Piccinini, Osvaldo Foresi, luego vinculado al PRT, Félix Delbó, el que nunca fue delegado y era uno de los más queridos y reconocidos por todos.

Párrafo aparte para el *Gringo* Porcu, quien sostenía que el sindicato y la política eran como las vías del tren, corrían paralelas pero no debían cruzarse. Su teoría se derrumbó el día que se integró al PRT, donde mantuvo su militancia partidaria hasta que la organización dejó de existir. Preso en México en una acción armada, preparando su retorno al país pasó varios años en la cárcel hasta que volvió a la Argentina entrada la década del 90. Trabajó en la provincia en la Dirección de Comedores Escolares y falleció tras una larga enfermedad, no sin antes haber plasmado su experiencia en un material que nuestro sindicato editó tras su muerte.

Entre 1972 y 1974 se vinculan otros activistas y empiezan a marcar presencia tanto Poder Obrero, como el Partido Revolucionario de los Trabajadores. Al momento de las tomas de fábrica una nutrida

vanguardia de medio centenar de sólidos activistas sostenían a la dirección que se animaba a enfrentar el aparato de la burocracia.

Este mismo período marca un cambio importantísimo en la vida política nacional. La dictadura de Lanusse, desgastada por la resistencia obrero-estudiantil, buscó una salida política negociando con el propio Perón, por primera vez desde 1955, elecciones limpias y sin proscripciones. Pese a las maniobras políticas enmascaradas en el Gran Acuerdo Nacional, la dictadura tenía muy poco crédito y se convirtió en una simple maniobra de repliegue a los cuarteles.

En Rosario, por entonces, se consagraba campeón nacional de fútbol el equipo de Rosario Central y la hinchada *canalla* irrumpía con sus festejos en el centro de la ciudad desbordando optimismo: "Que lindo, que lindo, / que lindo que va a ser/ Central campeón del mundo/ Perón que va a volver". Todo esto apenas seis meses antes de la elección de Cámpora a la presidencia.

Obviamente esta avanzada de la izquierda peronista sobre la política del gobierno camporista era de esperar que tuviera un vuelto a corto plazo. Apenas cuarenta días después, José Ignacio Rucci, al frente de la CGT, moviliza todo el aparato sindical exigiendo la renuncia de Cámpora y el llamado a elecciones para que asumiera Juan Perón. Así las cosas, aquella primavera camporista del 73 se fue marchitando, y Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados, y no por casualidad yerno de López Rega, asume interinamente la presidencia de la Nación y se convocan las elecciones presidenciales con la fórmula Perón-Perón, Juan Domingo e Isabel. El giro a la derecha se había consumado y el enfrentamiento parecía inevitable.

Es precisamente en ese contexto histórico en que ubicaremos el Villazo, la represión y la huelga. Una transición en la que las contradicciones pasaron de la lucha contra la dictadura a la pelea por los espacios de representación política y sindical. El debate no era teórico entendido como abstracto sino práctico y concreto. Los partidarios de la lucha armada que en la resistencia a Onganía había convocado a una generación que veía en el *Che* Guevara el modelo del Hombre Nuevo y daba su vida por la revolución, resultaban incapaces de comprender las tareas de la etapa en un proceso político mucho más complejo en el que se había recuperado la democracia y Perón había vuelto a gobernar el país luego de 18 años de exilio y resistencia.

También existía una competencia en que unos y otros se "corrían por izquierda". El debate atravesaba todos los espacios y también Villa

Constitución fue un importante escenario en el que los que menos comprendían las pequeñas guerras de la ideología eran los propios trabajadores.

Menos de un mes tardó la revancha de la derecha. El 25 de mayo del 73 la "Tendencia" había copado el acto oficial de asunción de Héctor J. Cámpora, la gran movilización popular en la que la presencia de los familiares y militantes afines a los presos políticos era notoria y central, desembocó en una fuerte movilización esa misma noche a las puertas de la cárcel de Devoto, donde luego de algunos escarceos fueron liberados los presos. Montoneros era, evidentemente, de todos los grupos armados el que mejor interpretaba el momento político que se estaba viviendo. La lógica de lo sucedido llevó el 20 de junio a la *Orga* a intentar reproducir en Ezeiza el copamiento del espacio de presencia política cuando se produce el retorno definitivo de Perón a la Argentina. La historia se repitió, pero la tragedia no fue la primera sino la segunda representación del acto. Luego de horas de enfrentamiento con el Comando de Organización y otras bandas de la derecha peronista, los muertos se contabilizaron por decenas y el avión de Perón rumbeó hacia el aeropuerto militar de Morón. Esa misma noche Juan Perón dio un discurso por la cadena nacional de radio y televisión castigando duramente a la Juventud Peronista. Fue un aviso.

Este era el vértigo político de la época. Cuarenta días de gobierno de Cámpora, un mes entre el "Devotazo" y Ezeiza, Perón muerto antes de cumplir un año de mandato. Es evidente que los tres años que transcurren entre una y otra dictadura eran una transición en la que la correlación de fuerzas se fue inclinando inexorablemente hacia la derecha en la medida en que la movilización obrera y popular fue perdiendo fuerza, de la confianza a la desazón.

Una vez más, es necesario decir que la experiencia sindical que significó el triunfo de la Lista Marrón, su represión, la huelga y la larga noche de la intervención que duró hasta el 6 de diciembre del '72, está ciertamente inserta en este ir y venir de la lucha popular. En ese marco llega el plenario antiburocrático realizado en el club Riberas del Paraná, apenas terminadas las tomas de fábricas, donde se congregó lo más representativo del sindicalismo clasista y combativo. Estaban Tosco, Salamanca, Ferrarese y Di Pascuale, la intersindical de San Lorenzo, debatiendo fuertemente en una sucesión de discursos sobre la conveniencia de formar las coordinadoras de gremios en lucha que articulara la gran cantidad de conflictos que se llevaban adelante en ese momento.

La guerra de consignas entre "Llegó la hora de las coordinadoras", y "No rompan más las bolas con las coordinadoras" antagonismo aparentemente irreconciliable cuando solo distaba un almanaque para que llegara a concretarse. Un año después las coordinadoras de apoyo a la huelga de Villa Constitución eran una realidad en Córdoba, Rosario, Zona Norte, Zona Oeste y Zona Sur del Gran Buenos Aires. Esas mismas coordinadoras fueron las que encabezaron la última gran movilización obrera de la época, plasmada en la historia como "el Rodrigazo". La lucha por las paritarias libres, en un proceso de alta inflación, imponía conquistar una recomposición salarial importante para preservar el poder de compra de los salarios. La presión de las bases obligó a la dirigencia sindical a ponerse al frente y aquella movilización se llevó de premio la renuncia del propio López Rega y con él su aparato asesino de la Triple A.

El plano inclinado, jabonoso por la complejidad de la situación, hizo que un simple golpe de timón permitiera reemplazar el rol de *Loppecito*, un cabo devenido comisario de la Federal, reemplazado por el accionar creciente de los cuadros del Ejército. Todos los sectores de la izquierda se entusiasmaron con el volumen de aquellas movilizaciones, ninguno de nosotros percibió en ese momento que al finalizar el festejo por lo conseguido en las calles daría comienzo el reflujo de la marea.

El surgimiento de una conducción de izquierda en una seccional estratégica de la UOM era antagónica con la esencia de ese sindicato y su rol en la propia CGT. El propio ministro de Trabajo Ricardo Otero era un hombre de la UOM, como así también los vicegobernadores de Santa Fe y Buenos Aires. Tanto Eduardo Félix Cuello como Victorio Calabró eran figuras centrales del Consejo Directivo metalúrgico. Ni hablar del papel que Alejo Simó cumplía en Córdoba. En esta provincia tempranamente intervenida por el gobierno de Perón, los referentes nacionales de la UOM tenían destacados papeles en la radicalización del gobierno hacia la derecha. Era de dominio público que todas las decisiones importantes de la política nacional de Isabel Perón debían contar con el acuerdo de Lorenzo Miguel. La *Patria Metalúrgica*, término acuñado para definir esta presencia política, graficaba el peso específico que tenía el gremio de los metalúrgicos.

El aparato sindical oficial jugaba su carta más fuerte hasta ese momento. No era solamente la Unión Obrera Metalúrgica, eran las "62 Organizaciones Peronistas", su rama juvenil, la Juventud Sindical Peronista (JSP) y los grupos armados de ultraderecha como el Comando de Organización (CdO) y la Concentración Nacional Universitaria

(CNU), siglas harto conocidas por los militantes de la época, encarnación del fascismo criollo responsable de la muerte de muchos jóvenes revolucionarios y activistas.

Lorenzo Miguel era entonces el sindicalista más influyente y con más poder en la Argentina y la seccional villense su amenaza más concreta en términos de representación sindical. La intervención se convertiría en el sagrado remedio que se imponía a esa concepción sindical hegemónica.

Semblanza LORENZO MIGUEL

Fue tal vez el sindicalista más representativo de esa generación de los setenta. Verticalista, ortodoxo, acompañó a Isabel Perón hasta su caída. Fue capaz de hacer sentir el peso de su organización. Heredó tras la muerte de Augusto Timoteo Vandor la Secretaría General de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica, por esa época uno de los sindicatos más numerosos, ya que según se dice representaba a 565.000 afiliados. Pasó años en la cárcel y vivió todas las peripecias del país desde la conducción del gremio. Murió en diciembre del 2002 en el momento de mayor decadencia de la actividad productiva metalúrgica.

Inteligente y sagaz, nunca relegó su lugar en el sindicalismo y dentro de la estructura del Partido Justicialista privilegió la rama política del sindicalismo peronista. Su lugar más cómodo era la conducción de "Las 62" organizaciones peronistas, nucleamiento central del aparato sindical desde la época de la resistencia.

Su papel en la represión al movimiento metalúrgico en Villa fue fundamental a pesar de que públicamente aparecieron como responsables el ministro del Interior Alberto Rocamora y el de Trabajo Ricardo Otero, este último reconocido dirigente de la UOM. La historia quiso que él mismo corriera una suerte parecida al ser encarcelado después del golpe de Estado del 24 de marzo del 76. Allí compartió la cárcel de los dirigentes políticos en el penal de Magdalena. Entre otros compartió la prisión con Carlos Menem, de quien hablaba muy mal por su conducta como preso político. Declarados opositores suyos como Mario (El Negro) Aguirre, dirigente de ATE Rosario, de

la CGT de los Argentinos y del Peronismo Auténtico, lo recordaban como un preso solidario y de buen comportamiento con sus compañeros de cautiverio.

La recuperación de la seccional Villa Constitución por parte de la Lista Marrón encabezada por Alberto Piccinini en el año 1984, lo obligó a cambiar su política y hasta el año 2000 consideraba a la seccional villense como "zurda pero orgánica" hasta que la definición de integrarse a la CTA hizo crisis e intentó expulsar a cinco dirigentes, entre otros a Piccinini y a mí. El Congreso Nacional de Delegados se fracturó y la expulsión no se concretó. A partir de ahí y en el marco de una crisis terminal de la estructura del sindicato se aprobó la reforma de los estatutos y la centralización financiera dio lugar a un mecanismo de federalización de los ingresos con lo cual cada seccional recibe el 80% de los aportes de la cuota sindical y de la obra social.

Esta independencia relativa cambió el tenor del debate político y tras su muerte y un período de transición asumió el actual secretario general, Antonio Caló. Ese proceso histórico empalma con la llegada del gobierno de Néstor Kirchner y la recuperación económica, con un fuerte repunte de la industria siderometalúrgica que reubicó a la UOM en el contexto sindical de la Argentina.

La "Patria Metalúrgica", aquella poderosa estructura capaz de acompañar proyectos dictatoriales como el de Onganía, de colocar ministros y vicegobernadores como en Buenos Aires y Santa Fe en 1973, de sacarle el apoyo a López Rega para descomprimir las negociaciones paritarias durante el "Rodrigazo", encontró en una de las más de cincuenta seccionales que tenía a lo largo del país el límite a ese poder.

El 20 de marzo de 1975 el ministro del interior Alberto Rocamora denunció un "complot subversivo destinado a paralizar el cordón industrial del Paraná". La consecuencia inmediata fue la invasión armada sobre esta ciudad del sur santafecino para mandar a la cárcel a cuanto directivo, comisión interna o delegado de base cayera en la redada. En un aspecto lo de Villa fue una especie de ensayo de lo que sobrevendría un año después a escala nacional.

La complicidad de la empresa Acindar era indiscutible. Tras la expulsión de los doce delegados en marzo de 1974 la Comisión Interna

se reúne con el gerente de Personal, el *Caballo* Aznárez, para pedirle que la empresa no interviniera en el conflicto interno de la organización y como respuesta el tipo dice que a todos los que la UOM expulsara serían despedidos. Quedaba en claro que se cumplía el viejo apotegma del *Lobo Vandor* "el que molesta en la fábrica, molesta en el sindicato". Acindar tenía su propia versión de la consigna: "el que molesta en el sindicato molesta en la fábrica."

La Planta Integral, un proyecto de una acería eléctrica con una planta auxiliar de tratamiento del mineral de hierro que se conoce como Reducción Directa, reemplazaría el sistema de Altos Hornos como tenía SOMISA en la vecina ciudad de San Nicolás. Por esos días el crédito para la obra estaba bastante avanzado. Leída la historia de atrás hacia delante el verdadero protagonista de tanta represión resulta ser Acindar, que jugó con las contradicciones internas del sindicalismo para posicionarse en el esquema de poder que ya se estaba pergeñando y se plasmaría a partir del 24 de marzo de 1976.

Es menester reconocer que en aquel momento no comprendíamos la complejidad de esta trama, lo existente era lo visible, presionados por las urgencias cotidianas y nuestro propio atraso político. Ni siquiera nos daba para explicar por qué tanto despliegue para sofocar una joven vanguardia obrera que se proponía cambiar algunas cosas en el viejo sindicalismo. Esta clave encierra el punto histórico en que se toma la decisión de reprimir de esa manera. Los antecedentes hasta ese momento eran de otro tipo de intervención. Tanto en Luz y Fuerza de Córdoba, el SMATA, o la Federación Gráfica Bonaerense, las intervenciones que se produjeron eran menos aparatosas, sin el despliegue infernal de la noche del 19 de marzo de 1975 en Villa Constitución y todo el cordón industrial que va de San Lorenzo a San Nicolás.

El Comité de Lucha era en realidad una especie de coordinación política de los grupos y tendencias que se disputaban la conducción de la huelga. Habíamos creado un espacio de discusión al que llamamos entonces jocosamente el "Consejo de Ancianos". Quienes lo integraban tenían unos diez años más que el promedio de los miembros del Comité. El Tío Retamar por Montoneros, el Viejo Baquela por el PRT, El Rabino Rabinovich por el PST, el Cabezón Sobrero por Poder Obrero, Eduardo Duhalde por el Frente Revolucionario Peronista, cuyo referente era Armando Jaime de la CGT de Salta), más el Viejo Chávez y Luis Tomasevich por el PC, mantenían semanalmente una reunión con el Comité de Lucha donde acordábamos distintas tareas de las que se ocupaban cada uno de los partidos. Por ejemplo,

el PST, que tenía legalidad como partido, se encargaba semanalmente de organizar una visita a la cárcel de Coronda, fuera de los días de visita, en donde discutíamos con los dirigentes presos la marcha de la huelga.

Era evidente que la diferencia fundamental pasaba por la cuestión de la lucha armada. En ese debate tanto el PRT como Poder Obrero y Montoneros tenían coincidencias que el PST, el PC y Política Obrera repudiaban. Claro está que las bandas parapoliciales y las patotas sindicales no hacían demasiado diferencias a la hora de actuar contra el "zurdaje". Por esos días el PRT había ofrecido una tregua a su accionar armado en la búsqueda de articular un frente político que compitiera en las elecciones que se avecinaban. La huelga de Villa era un escenario donde se entremezclaban todas estas cuestiones.

Con el correr de las semanas el clima se fue enrareciendo. Las patotas armadas recorrían los barrios cada vez más asiduamente. Hubo un tiroteo a un local de un barrio, donde se suponía funcionaba el Comité de Lucha, que cobró la vida de Viribay y Ponce de León, dos vecinos ajenos a la huelga, y esto incrementó el miedo en la población.

Los miembros del Comité de Lucha nos movilizábamos cada vez con más cuidado. Las organizaciones empezaron a custodiar a sus militantes. Zenón Sánchez y Luis Segovia por parte del PRT y *Raulito* por los Montoneros se instalaron en Rosario y ahí el Comité funcionaba en la sede de la Lista Azul de los metalúrgicos locales, la oposición a la burocracia metalúrgica rosarina, o eventualmente en el local del Encuentro Nacional de los Argentinos, una alianza partidaria de centroizquierda con el PC y los radicales intransigentes que se preparaba para las elecciones del año siguiente. El debate político al interior también se endureció. Cuando el ERP copa el batallón de Arsenales en Fray Luis Beltrán la crisis se profundiza y los compañeros ligados al PST y al PC, acentúan sus críticas y empezaban a plantear la necesidad de negociar una salida a la huelga.

La diferencias se hacen públicas cuando lanzamos una convocatoria a una asamblea en la plaza central de Villa Constitución para el día 16 de abril. Los compañeros *Pacho* y *Pepe* dan una dura discusión oponiéndose al llamamiento porque insistían en que iba a terminar en una dura represión y salen públicamente a desautorizar la convocatoria. El *Negro* Segovia firmó personalmente un comunicado como Comité de Lucha acusándolos de traidores y reiterando la convocatoria. Tal vez esta pelea pública desconcertara al gobierno, y por eso logramos hacer una asamblea en la plaza con la presencia

de unos 1.500 compañeros, con la policía ausente. Allí reiteramos la continuidad de la lucha y convocamos a una marcha esa misma noche sobre la Casa Radical, donde se realizaría una reunión de la multipartidaria. La asamblea en la plaza nos oxigenó. Ahí mismo nos convocamos esa misma noche en el local de la Unión Ferroviaria y marchamos al local de la UCR a la reunión de la multipartidaria. En la puerta de la Casa Radical se realizó una asamblea multitudinaria, donde habló el Negro Segovia, que era un gran orador que sabía llegar al corazón de los trabajadores, convocando a una marcha y asamblea general para el día 22 de abril.

Semblanza LA MULTIPARTIDARIA

La intervención a la seccional villense de la UOM fue parte de una escalada que empieza a verificarse luego de la muerte de Juan Domingo Perón y va in crescendo hasta el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, cuando debían darse las elecciones generales, incluso con un consenso generalizado de adelantamiento de la convocatoria ante la absoluta impericia de Isabel Martínez, la viuda del general Perón.

Los acontecimientos que hemos narrado se ubican en esa precisa coordenada. Los partidos políticos también acusaron el impacto de esta escalada represiva y, salvo el oficialismo, todo el arco partidario manifestó su preocupación, su repudio y en algunos casos su verdadera solidaridad.

La Casa Radical de Villa Constitución abrió sus puertas para una convocatoria de la Multipartidaria en la tarde del 16 de marzo una vez lograda la primera movilización a la plaza de Villa Constitución en la que participaron alrededor de 2.000 trabajadores. En esa reunión estuvieron presentes desde los radicales hasta las corrientes internas más progresistas de la Democracia Cristiana, el Partido Comunista, el Partido Intransigente y todas las organizaciones de izquierda del momento como el caso del Partido Socialista de los Trabajadores, el Partido Auténtico, Política Obrera, y referentes del PRT-ERP y Poder Obrero, aunque no identificados como organización.

Desde el punto de vista parlamentario los más representativo era el radicalismo. Sus posiciones ambiguas también existían en la época. Ricardo Balbín, máximo referente nacional,

condenaba a la "guerrilla fabril", en clara alusión a la huelga metalúrgica, pero los radicales villenses apoyaban a los obreros locales. En segundo lugar cabe rescatar a lo que había sido en las elecciones la Alianza Popular Revolucionaria que llevó como candidato a Oscar Alende y Horacio Sueldo. El Partido Comunista integraba el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA) y su local en la ciudad de Rosario albergó al Comité de Lucha y activó en la solidaridad efectiva de la huelga. Entiéndase por esto distribuir víveres, medicamentos y realizar las denuncias y la propaganda de rigor. Muchos militantes compartieron la cárcel con los obreros a raíz de la militancia concreta apoyando esta huelga.

Era el final de una época. Era el comienzo de la nueva etapa del capitalismo en la Argentina. La segunda etapa de sustitución de importaciones se estaba terminando. No por agotamiento sino por decisión del poder económico más concentrado. Aquel intento de sofocar la rebelión obrera contra un modelo sindical autoritario y burocrático era apenas un aspecto de esa dura realidad. La impotencia generalizada de los partidos políticos para superar aquella crisis por la vía parlamentaria también demostraba lo mismo. El plan de Martínez de Hoz en ancas de la peor dictadura genocida se iba consolidando y el escenario del combate era precisamente la empresa de la que Joe era el presidente del directorio.

La intransigencia empresaria no sólo era en relación al sindicalismo sino fundamentalmente con el peronismo gobernante. La huelga, en su desarrollo, fortaleció las coordinadoras de gremios en lucha en los principales conglomerados urbanos industriales. Córdoba, Rosario, Zona Norte, Zona Sur, Zona Oeste del Gran Buenos Aires reunían alrededor del 80% de la clase obrera industrial de la época. Estas coordinadoras protagonizarían un mes después de la derrota de la huelga las movilizaciones obreras más numerosas de esa década. Pasaron a la historia como el "Rodrigazo" y representaron la defensa irrestricta de los convenios colectivos de trabajo. Liquidaron, de paso, el reinado de José López Rega, el todopoderoso ministro de Bienestar Social del gobierno de Isabel Perón.

En ese contexto de crisis los partidos políticos con representación parlamentaria no solamente resultaron incapaces de conducir aquel proceso sino que, en el caso del radicalismo, sirvió para montar la justificación de la peor represión que ya

estaba en ciernes. La definición de "guerrilla fabril" acuñada por Ricardo Balbín fue la rúbrica de legalidad política a la sentencia escrita sobre los metalúrgicos de Villa Constitución.

Pasada la dictadura y durante el gobierno de Raúl Alfonsín en el movimiento por los derechos humanos se hizo justicia sobre aquellos acontecimientos. La CONADEP, durante el Juicio a las Juntas abrió las puertas del horror y la historia comenzó a fluir despaciosamente. Los procesos posteriores contra la impunidad sirvieron de dique, pero finalmente con los juicios por la Verdad Histórica y los actuales juicios y condenas a la represión ha quedado al desnudo aquel siniestro entramado.

En aquella asamblea realizada en la plaza central me tocó ser el último orador. Hice un discurso breve pero con un llamado a la resistencia. No había que aflojar hasta que el último compañero saliese en libertad. Recuerdo que al salir de la plaza el *Osito*, un compañero de la JUP me regaló una campera reversible, negra y blanca para camuflarme y que no me reconocieran. Nunca supe su nombre hasta que pasados treinta años lo localicé en un acto de Derechos Humanos en Rosario. Compartimos entonces la anécdota y el privilegio de haber sobrevivido.

Llamaba mucho la atención la cantidad de militantes que se movían permanentemente en la ciudad, sobre todo en los barrios. Esa huelga fue una especie de convocatoria a la militancia dividida y dispersa para librar un combate en común contra el lopezrreguismo.

La Ruta 9 era permanentemente custodiada por la Policía Federal, la Gendarmería y en ocasiones por camiones del Ejército. Los controles sobre las personas se multiplicaban y las dificultades para moverse resultaban cada vez más visibles. La huelga empezaba a mostrar, a más de un mes de su comienzo, síntomas de desgaste. Los compañeros llevaban dos quincenas sin cobrar, los víveres escaseaban a pesar de que la solidaridad era muy importante. Algunos locales de Villa y Empalme habían sido volados con bombas por el hecho de almacenar alimentos para los huelguistas, y en ese momento Montoneros hizo un aporte en dinero muy significativo. Se habló con los almaceneros de los barrios y se estipuló una libreta mínima por familia que cubriese las necesidades fundamentales y el Comité se hacía cargo de pagarlas semanalmente. Esta decisión cambió sustancialmente el ánimo, pero también el humor del enemigo. Eran preocupantes para el Gobierno la duración y firmeza de aquella huelga.

El 22 de abril marcó el punto más alto del conflicto. La convocatoria a la Asamblea General en la plaza tuvo un muy alto nivel de acatamiento. Desde las 9 de la mañana llegaban los colectivos de los distintos lugares. De Villa al norte se concentraban en la plaza del Barrio Talleres, cerca de la estación de tren. Los de San Nicolás a la altura de la fábrica textil Cilsa. Los de los barrios obreros más cercanos a las fábricas vendrían por la calle Dorrego, paralela a la ruta.

La ciudad amaneció prácticamente militarizada. Había controles de la fuerza Pumas provincial y Gendarmería Nacional en las entradas a la ciudad e intensos patrullajes en los barrios en forma ininterrumpida.

No obstante ello, la gente salía a la puerta de la casa y se sumaba a las columnas, fue una avalancha explosiva. En un momento las columnas llenaron el centro de la ciudad y justamente cuando confluían, a dos cuadras de la plaza, se desató la ordalía represiva. Tiraban de todos lados, balas de goma, gases lacrimógenos, balazos de plomo de autores particulares... la represión duró un par de horas, la gente se fue replegando lentamente tras arrojar contra los uniformados todo lo que tenían al alcance de las manos incluidas las granadas de gas lacrimógeno recicladas. No alcanzó.

Más de 10.000 manifestantes en una población de poco más de treinta mil era una cifra impactante y eso fue lo que sucedió con aquella manifestación. Dos heridos graves, uno de ellos muerto algunos días después, y decenas de detenidos que se sumaron a los que ya se encontraban en la cárcel de Coronda.

Aquel bautismo de fuego de los metalúrgicos con la violencia represiva significó una toma de conciencia colectiva de que se había establecido una relación definitiva con el enemigo. Cuando lo que median son balas de plomo, se ven caer heridos y se los tiene que auxiliar, la sensación es de que se vive una guerra. Desde la torre de la Iglesia, según comentaban los compañeros, partían los tiros desde francotiradores hacia la manifestación. Yo había ido con Mabel a la manifestación, y también para nosotros fue una experiencia nueva. Ambos habíamos vivido la experiencia del Rosariazo en mayo y setiembre del año 69. En rigor ambos empezamos a tomar conciencia política a partir de aquella experiencia, y claramente este despliegue policial era mucho peor que aquello.

* * *